

GACETA MÉDICA DE MÉJICO

PERIÓDICO

DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE MÉJICO.

VELADA FÚNEBRE

EN MEMORIA DEL DOCTOR

DON RAFAEL LUCIO

QUE TUVO LUGAR

EN EL SALÓN DE SESIONES DE LA ACADEMIA DE MEDICINA, LA NOCHE DEL 2 DE SEPTIEMBRE
DE 1886.

POR LA ACADEMIA DE MEDICINA.

SEÑORES:

Grande es el dolor que experimentamos siempre que la muerte descarga su inexorable golpe sobre un ser que nos es querido; pero más se acrecienta, más duro y terrible nos parece cuando, reunidos en familia, evocamos la sombra del difunto para mirarle á la luz de los recuerdos. En tal situación se encuentra la Academia de Medicina al reunir en torno de esta tribuna que por su encargo ocupo, á la familia médica que busca y no encuentra, ni encontrar puede ya, al honorable hermano á quien estimaba con estimación sincera, á nuestro digno consocio, al venerable Profesor D. RAFAEL LUCIO.

Y si es grande el dolor que la Academia padece al sondar con la reflexión el hueco inmenso que en su seno ahondara la mano de la fatalidad, no es menor ciertamente el que sufre quien por honrosa, aunque no acertada elección, es en estos momentos su órgano humilde. Allá, en la mañana de mi vida, cuando mi cielo se engalanaba con áureos y rosados celajes, y merced á sus cambiantes luces, resolví entrar á la senda que más bella y florida parecióme, fué de los primeros en dirigir mis pasos el Profesor Lucio; y merced á su enseñanza, ví los cardos que entre las flores se es-

conden. Más tarde, cuando el sol de mi existencia era un sol de mediodía, encontré de continuo al que fué mi maestro, en amigo fiel tornado, y en consejero prudente. Y al atardecer mi día, al bañarse en vespertino crepúsculo el mustio campo de mi oscura historia, ví moribundo al sabio maestro y buen amigo, que al darme su postrer ¡adios! aún tuvo para mí palabras de benevolencia. Infiérese por ende, lo difícil de la situación en que se halla quien de tantos servicios y favores ha larga deuda respecto al hombre cuya memoria nos reúne, y cuán difícil será me levante á la altura de mi justo duelo.

Así, indicada la disposición en que nuestro ánimo se encuentra; cómo dar principio á un discurso cuyos conceptos debieran ser á veces gemidos y en otras veces vigorosa expresión de complacencia? ¿Cómo ordenar en razonadas frases el torbellino de ideas suaves y dulces las unas, amargas y desconsoladas otras que, como en delirante consorcio, se agitan en el cerebro?

Recordar que nos perteneció por el corazón y por la cabeza, aquel en quien encontraba su encarnación más perfecta el sentimiento del deber; pensar en que estrechamos una y más veces aquella mano generosa y franca; traer á la memoria sus palabras empapadas siempre en suavísima bondad; figurarse que, como en antes, ocupa su sillón académico é ilustra los debates con los razonamientos claros y precisos de su sólido saber; todo esto suma una satisfacción que, si carece de idioma para significarla, siéntese en cambio que trae al alma el sabor de un deleite que tiende á exhalar en plácidos cantares.

Pero cuando la reflexión nos advierte de que nuestro compañero y amigo, nuestro distinguido colaborador y eminente consejero yace durmiendo perdurable sueño; que nunca volveremos á verle unido á nosotros por útiles é interesante pláticas; que nó más le admiraremos, ni otra vez recibirá nuestros plácemes y aplausos como cuando le escuchábamos atentos; ahora que el terrible *nunca* vibra en nuestros oídos con el tétrico estremecimiento de la campana que dobla, siéntese nuestra alma enferma de indescriptible tristeza, anúdase la voz en la garganta, vienen á los ojos lágrimas, y con el dolor presente se empaña, si no se borra, el recuerdo de la felicidad pretérita.

Acaso no sea yo en estos momentos la persona apropiada para juzgar con filosófico criterio de esos cambios de luz y sombras que hacen el panorama de nuestra mansión en la tierra, por haberme arrebatado la muerte no ha muchos días, como á traición y sin que yo lo previese, á mi buena esposa, á la abnegada compañera de mis trabajos. Doliente de mortal melancolía por suceso para mí tan doloroso, paréceme desierto el mundo y hasta la luz que recibe la encuentro amarillenta y triste, arde mi pensa-

miento con el apagado brillo de lámpara sepulcral, pierde su vigor mi espíritu, y en el desmayo consiguiente á situación tan penosa, sin poderme elevar á apetecida altura, acude á mi mente este vulgar gemido: por qué la muerte, esa deidad implacable y ciega, hiere atropelladamente á la piadosa Creusa que lleva consigo los penates de la familia, al filántropo dispensador de bienes, á los inútiles y á los que por sus vicios y delitos forman la escoria social?

Los que hicieron de su vida rica urdimbre de costumbres y al férreo yunque de labor científica expusieron las horas de su vida; los que, como Lucio, miran en todo hombre un hermano merecedor de benevolencia y cariño, y en su corazón encarnan el amor de una familia, haciendo del universal aliento, el aliento que les es propio, debieran ser respetados por la muerte hasta llenar por completo su misión sobre la tierra!

Que nuestro difunto consocio está comprendido entre estos seres que la sociedad estima y reclama, bien podemos demostrarlo imitando las sanas costumbres del antiguo pueblo egipcio que erigía especial jurado para juzgar de sus muertos y resolver en definitiva si por sus hechos hicieron dignos de la perpetuidad del nombre ó debieran ser relegados á perpetuo olvido. Volvamos para ello nuestras miradas hácia los comienzos de la vida pública de Lucio, y sigamos en cuanto posible sea las huellas que dejó impresas en el camino que anduvo.

Dedicado á los estudios desde una edad temprana, se hizo notable por la claridad de sus concepciones y por la madurez de sus juicios, obteniendo siempre en sus cursos la calificación suprema. Tras lucido examen obtuvo el título de médico y cirujano, consagrando desde entonces sus vigilias todas y todo el inflexible temple de su carácter á impulsar la ciencia de la que era por vocación sacerdote. En fuerza de este afán se hizo desde luego de numerosa clientela, que sirvió con desprendimiento y solicitud, sacrificándole sus gustos y sus horas de reposo; atravesó epidemias durante las cuales fué el amparo de los pobres y el consuelo de los ricos; hizo especial estudio de la lepra que aflige y mata á muchos infelices, vistos hasta él con la repugnancia que inspira el miedo al contagio y vuelto desde él á la comunicación con el resto de los mortales; dos veces pasó los mares con el sólo objeto de visitar las escuelas médicas de la culta Europa, demostrando á su regreso todo el provecho que de tales expediciones obtenía; fué, en una palabra, un médico empeñoso y activo, desinteresado y probo, severo hasta para consigo mismo, pero lleno siempre de bondad, muy especialmente respecto de los humildes.

Desde que comenzó su práctica quiso no guardar egoísta todo el saber que adquiría, ni que en su cerebro cristalizasen con el frío de la edad las

ideas que en sus lucubraciones concebía ó tomaba de otros en su solitario estudio, sino que se transmitiesen á inteligencias distintas, para que así, cultivadas por varios, se fuesen perfeccionando. Con tan noble propósito, sostuvo lucido certamen científico, aspirando á una de las cátedras más importantes, la de Patología interna, que obtuvo y desempeñó hasta su muerte, formando rica y dilatada cauda de médicos, que siguen con fe la luminosa estela del barco en que bogaba el maestro por el inconmensurable mar de la ciencia.

Y no bastando la posición ganada á su espíritu comunicativo, á su insaciable sed de progreso, contribuyó con valiosísima cooperación á formar la Asamblea Médica que en esta vez me distingue nombrándome su intérprete; la presidió dos veces, una en el año de 1869 y otra en el de 80 á 81; en el de 64, la misma Corporación, estimando en todo su valer la honorabilidad de tan distinguido miembro, le nombró su tesorero; hizo varios dictámenes y lecturas de observaciones importantes, y así cuando presidía los debates como cuando ocupaba modestamente el sillón académico que honró tantos años, era su palabra luz y era su consejo el blando impulso de una aura cariñosa, que sin provocar borrascas, y apartándonos de los escollos, nos llevaba al porvenir.

Anciano ya, y fatigado quizá de su vida militante, á la que nunca dió tregua ni reposo, aún concurría á las sesiones de la Academia, aún tomaba participación activa en nuestras labores, aún buscaba nuestras manos con las trémulas suyas para estrecharlas con efusión, siempre que nos encontraba en el camino del deber; aún nos alentaba, por último, con su voz y con su ejemplo, á perseverar sin miedo en el áspero sendero en que nos colocó el destino.

Fuera incompleto en el desempeño de mi encargo si á la zaga de mis anteriores palabras que hacen referencia al sabio, no pronunciase algunas más respecto al hombre visto bajo su aspecto social.

Bondadoso por naturaleza, reservado por educación, nimio en el cumplimiento de todo compromiso, sobrio y sencillo en sus hábitos y gustos, dulce en su trato, pero teniendo en su dulzura algo de grave, majestuoso é imponente; amante de la familia, de la patria y de la libertad; cristiano sin ostentación ni hipocresía; de genio artístico y hábil apreciador de las obras de arte, era su vida como una corriente de mansas y transparentes aguas que enseña las perlas y corales de su fondo á la vez que copia las maravillas del cielo.

Y si á todo esto se agrega el santo y sereno amor que hacia la Patria ardió siempre en el corazón de Lucio; si añadimos, lo que no es mucho decir, que en aras de este último sentimiento hubiera sacrificado sin vacila-

ción sus ricas colecciones artísticas y arqueológicas, su título de médico que estimaba en tanto, su fortuna toda y hasta su vida, que era la vida de su familia y amigos, más y más se aquilatan aquellos merecimientos de que hice rápida mención.

Por amor á la Patria fué extraño siempre á nuestras revueltas políticas; jamás pasó del terreno que le pertenecía como médico hacia aquél cuyas arenas abrasan y en el que las discusiones son tempestades que lastiman cuando no matan con el rayo de la palabra y se desatan al fin en lluvias torrenciales de lágrimas y sangre. Tuvo sin duda sus opiniones propias en lo que se refiere á la marcha política de los sucesos; mas siempre que los bandos se armaron para dirimir sus funestas querellas en el campo de batalla, Lucio era el médico de los unos y de los otros; á la cabecera del herido no inquiría su manera de pensar, ni si el arma esgrimida lo fué por ésta ó aquella mano, para en definitiva asistirle ó abandonarle; era el sacerdote que prodigaba comfortable bálsamo á todos los que sufrían!

Pero si peligraba la autonomía nacional como en tiempos de ominosa recordación, entonces ya no se embelesaba tanto en sus estudios, como el que trazando líneas no sintió la ruina de su patria; sino que, á semejanza de Sócrates, á quien no impidió fuese un gallardo soldado toda su filosofía, se aprestaba generoso á confundir su sangre con la del pueblo que sucumbía por débil. Recuérdese que en el año de 47, cuando nuestros soldados abandonaban sus últimos baluartes, dejando tendidos en el campo batallones enteros; cuando el pánico se difundía en la Capital por entre acaudalados y menesterosos; cuando nuestro espléndido cielo fué velado por las luctuosas alas del ángel de la desolación, y nuestras auras se estremecieron con ¡hurra! que eran aullidos, y proyectiles que se cruzaban en direcciones distintas, nuestro patriota compañero, lleno de abnegación, denodado como un héroe, atravesó por entre las filas enemigas para llegar á Chapultepec, donde se sostenía la última escena de aquel drama sangriento, donde se agitaba con las convulsiones de la agonía nuestra nacionalidad, herida por último en su más tierna y delicada entraña.

Envolvamos este recuerdo con el sudario de nuestro muerto amigo; no agravemos el dolor presente desgarrando otra mal cicatrizada herida; y, fijándonos en nuestro asunto, no apartemos la vista de la augusta sombra de Lucio que nos está presidiendo.

La sombra, sí, porque aquel hombre tan vigoroso en el trabajo que desde joven se impuso, que derramó por entre la multitud suma ¡inmensa de beneficios, que fué padre tan tierno, tan leal amigo y tan buen patricio, doblegóse un día al mal que le aquejaba, comprendió que epilógaba su historia, y encerrándose entonces en el templo de su conciencia tranquila, de

continuo iluminada por espléndidos albores de una idealidad cristiana, entregó al ángel de la muerte su cuerpo que no pudimos *tayt* defender con todos nuestros esfuerzos los amigos que le rodeábamos, ni su numerosa familia con toda la solicitud del amor más tierno.

Murió como había vivido: lleno de entereza, inflexible en sus resoluciones, ejerciendo sin galas aparatosas los consoladores preceptos de su creencia; envuelto, podemos decir, en el níveo manto de su modestia, y coronado por la más envidiable de las coronas todas, por la del respeto de cuantos le trataron.

Así expuestos al correr de una pluma convulsa por el dolor, los títulos con que el venerable difunto reclama de nosotros imperecedero recuerdo; dibujado como toscamente queda el sello de grandeza que á sus actos impuso quien fué mi venerado maestro, mi compañero y amigo, decid si no hay razón bastante para que, como yo, la sociedad entera deplora no contarle más entre los seres vivientes, y para que con especialidad la Academia de Medicina no enlute sus salones y convoque á los amigos á esta sesión de reciproca condolencia?

Queda en el seno de Dios, alma noble de RAFAEL LUCIO! Pertenece á la historia tu vida que fué tan breve, vista su gran importancia, y queda para nosotros tu memoria imperecedera como magnífico ejemplo de conducta social.

Verterá el tiempo sus bálsamos propiciatorios sobre nuestro corazón doliente; la muerte nos arrebatará á todos nosotros tarde ó temprano; pasarán las generaciones y con éstas sus obras de argamasa y de granito, porque nada hay estable ni duradero en nuestro misero planeta, porque la mano del tiempo todo lo arranca de cuajo y lo destruye todo; pero á pesar de esa eterna mutación de las escenas de la vida; en contra de ese oleaje agitado de continuo, que es símbolo de la humanidad en marcha, permanecerá enhiesta é incommovible la roca de la historia, en la que figurará entre venerandos nombres el nombre de RAFAEL LUCIO.

México, Septiembre 2 de 1886.

MANUEL DOMÍNGUEZ.

POR LA SOCIEDAD "PEDRO ESCOBEDO."

SEÑORES:

En el momento en que para llenar la honrosa misión con que se dignara enaltecerme la «Sociedad Médica Pedro Escobedo,» dejo escapar de mis trémulos labios las primeras frases que vengan á simbolizar la alta estima